

El martes se cumplieron cuatro años desde que ETA anunció el cese definitivo de la violencia que había practicado durante décadas. Fue sin duda la mejor noticia que ha tenido Euskal Herria en muchos años. Aunque todo lo demás, me refiero a los distintos conflictos presentes en la sociedad vasca, siga igual que entonces, aquel anuncio situaba a los vascos ante un nuevo escenario de paz y libertad, donde la protección radical de los derechos humanos, el rechazo a la violencia y la defensa de las vías democráticas se erigían como principios básicos indispensables para una articulación saludable de nuestra maltrecha convivencia, afectada por dogmatismos e intolerancias de distinto signo.

Sin embargo, conviene recordar que la decisión incondicional de abandonar la violencia, un desistimiento en toda regla, no fue resultado de la evolución democrática de ETA, como tampoco lo fue en la izquierda abertzale. Conviene no

XABIER GURRUTXAGA

EUSKADI SIN ETA



olvidar este hecho al examinar las dificultades actuales para avanzar en el desarme y la disolución. El desistimiento de ETA no fue voluntario sino forzado por el rechazo social y político, el acoso policial y la toma de posición por la izquierda abertzale contraria a la continuidad de la violencia. La estrategia político-militar desarrollada durante más de tres décadas, basada en la subordinación de la organización política a las necesidades e intereses de la organización armada, se mostró absolutamente ineficaz para conseguir el más mínimo de los objetivos. ETA, como organización armada, había perdido su guerra frente al Estado, habiendo desaprovechado incom-

prensiblemente todas las oportunidades de diálogo puestas en marcha en distintos lugares.

La última oportunidad para un final dialogado se la ofreció Rodríguez Zapatero en 2006, que ETA aprovechó a su manera, con el atentado de la T-4 en Barajas. Durante todo este tiempo las organizaciones de la izquierda abertzale no actuaron como organizaciones autónomas y permitieron su instrumentalización por ETA, asumiendo respecto de ésta una posición subordinada en lo político e ideológico. En esa situación era totalmente lógico pensar que el fracaso de la estrategia político-militar no solo iba a suponer la derrota militar, sino que también podría

conllevar la de la izquierda abertzale como proyecto político, si por ésta no se tomaba con inmediatez la decisión que tenían que haber adoptado muchos años atrás.

Aquí reside la gran novedad, la que implica una ruptura con toda la trayectoria anterior. Algunos dirigentes, Arnaldo Otegi y Rafa Díez especialmente, conscientes de la situación, asumieron la responsabilidad de promover en el seno de este movimiento el debate para dotar a esta organización de un criterio propio respecto de la lucha armada, en este caso claramente favorable al cese de la violencia, con autoridad y legitimidad suficiente como para enfrentarse a ETA si fuera preciso. Es decir, hacer por primera vez de la izquierda abertzale una formación independiente y romper el vínculo vicarial con la organización armada.

A la derrota sufrida en todos los demás frentes, se le añadía ahora la que más daño podía hacer a los defensores de la continuidad de ETA: la derrota dentro de casa, la

que les podría llevar a una confrontación con quien le había apoyado durante tantos años.

El cese definitivo, como se ha dicho, nada tiene que ver con una supuesta evolución democrática de ETA, ni con una reflexión autocrítica de su pasado. Era la única salida razonable que les quedaba, la otra era la rendición como deseaba el PP, pero no se ha interiorizado esta decisión como un desistimiento, tampoco en la izquierda abertzale que justifica la decisión como una adaptación inteligente a los nuevos tiempos.

Ello hace que cuatro años después de que se nos anunciara la madre de todas las decisiones –la que ha sido motivo de casi todas las escisiones de la historia de ETA–, se pretenda condicionar el desarme y la disolución a no se sabe qué. ¿Habrá que esperar a Otegi para que Sortu enarbole la bandera del desarme y la disolución en coherencia con la decisión incondicional de renunciar a las ar-